

Rodolfo A. de Gracia R.

**POÉTICA E IDIOSINCRASIA EN SEIS  
ESCRITORES PANAMEÑOS**

-ensayos-



Fundación Cultural Signos  
Panamá, 2000

## **EL ATAÚD DE USO, UN REFLEJO DE LA IDIOSINCRASIA PANAMEÑA**

Toda obra literaria no es otra cosa que la consumación de influencias de diversos tipos a las que estamos sometidos los seres humanos, y también la suma de nuestros propios puntos de vista y reflexiones muy particulares.

En la medida en que un texto sea capaz no solo de ser continente efectivo de una armazón estética, sino también versión autónoma de una realidad ficcional (que en sí lleva una gran dosis ideológica) estaremos frente a lo que Edmond Cros denomina un discurso icónico o de lenguaje, es decir, los llamados ideosemas. (Cros, **Teoría literaria**, p.169).

El universo narrado en **El ataúd de uso** es claramente una representación organizada de las prácticas sociales panameñas en un momento y en un lugar determinados de la historia referencial o imaginaria.

Estructurado en cuarenta capítulos y una introducción a manera de anticipación épica, el texto o corpus a la vez que quiere (y lo logra) narrar una trama coherente con cierta referencialidad histórica y al tiempo que desarrolla también la vena humorística, en muchos de sus pasajes, incluyendo el final mismo: “Así fueron cayendo unos encima de otros, los veinte hombres (borrachos) que cargaban el ataúd de don Manuel. La enorme caja los iba aplastando hasta que agobiados la soltaron...” (Britton, **El ataúd de uso**, 207), pinta asimismo los prejuicios epocales, la ideología político-religiosa, el aspecto mítico-supersticioso de un pueblo que, como el Macondo imaginario de García Márquez, se encuentra en el texto con tanta verosimilitud y precisión geográfica que cualquier lector no avisado se devanaría los sesos buscándolo infructuosamente en los mapas.

*“Chumico es uno de esos pueblos perdidos en el litoral del país, encajonado entre el mar y la montaña. Está ubicado en la desembocadura del río Tatumí, en la costa sudeste del país, ya casi llegando al Darién”.* (Britton, 16)

Con una disposición narrativa variopinta que empieza en extrema res no en su primer capítulo sino en su introducción y que desde el primer hasta el vigésimo tercer capítulo mantiene una narra-

ción circular o lineal y empieza luego con un flash back o retroceso, la obra, que tiene como tema principal el aspecto histórico, desarrolla también el tema de la idiosincrasia de un pueblo, así como la solidaridad.

En lo tocante a la estructura narrativa y más precisamente al aspecto del flash back, podemos observar cómo en el capítulo XXIII el hilo narrativo se suspende (recuérdese que el protagonista Manuel Muñoz había regresado hacía dos años de la guerra) y se avanza en el tiempo hasta cuando el héroe ficcional es ya un anciano, para luego volver a cuando era joven y así, sucesivamente, mantenerse en esta oscilación hasta finalizar con lo que ya la anticipación épica había anunciado al principio.

Como nos lo anuncia el propio narrador omnisciente en el prólogo de la obra: "*pueblo chiquito, infierno grande*" (Britton, 9) la frase nos da la medida de la intensidad y originalidad descriptiva del texto.

Si se define idiosincrasia como la esencia de un pueblo o su característica manera de ser, hacer y pensar, lo cual incluye, por supuesto, las ideas religiosas, políticas, prácticas sociales, costumbres, ritos, supersticiones, estilos de vida, expectativas, actitud ante la vida, cultura del género, etc., podemos afirmar que **El ataúd de uso** resulta una verdadera amalgama para el estudio de la idiosincrasia.

El primer aspecto que vale la pena resaltar en este sentido es el ya mencionado por el narrador omnisciente que, además de conocerlo y saberlo todo (como corresponde a su categoría) crea en nosotros una especie de predisposición o, en lenguaje más literario, de confabulación, ya que nos insufla su realidad.

El aspecto al que nos referimos es al de las "habladurías". El narrador para ir creando asimismo ese ambiente se vale de un lenguaje propicio en que sobresalen frases o palabras como "*nunca se supo*", "*con más exageraciones de la cuenta*", "*el chisme allí es modus vivendi*", "*unos contaban.. otros aseguraban*", "*las malas lenguas*", "*habladurías de comadres*", etc.

Además, la descripción de un gran número de los personajes femeninos, que podríamos clasificar como estáticos o planos, porque no cambian, no evolucionan, responde también a este patrón cultural, a este canon socialmente identificable y discernible.

Así vemos cómo la aseveración de que "*al atardecer las mujeres apoyadas en los primitivos balcones pasaban las horas de la*

*tarde entre chisme y chisme*” nos da la medida de lo afirmado con anterioridad.

Leonor, Felicia y doña Matilde serán la simbolización de esta costumbre tan repugnante desde el punto de vista sociocultural. Pero la tipificación de estos personajes como estigmas de una sociedad chismosa y literalmente falsa e hipócrita la logra la autora a través del contraste de la verdadera ocupación en ratos de ocio en relación con su aparente apostolado religioso en órdenes carismáticas.

Así Manuel exclamará: “*Parecen cotorras en palo de mango.. Dios me libre de sus lenguas*”, lo cual pareciera una blasfemia ante tanta actitud sacrosanta y ante tanto ¡Dios mío!, acompañado de señales y más señales de la cruz.

Por ello también, Carmen, la maestra del pueblo, ya cansada de tanta maledicencia exclamará:

“*¿Qué querían esas hipócritas? Cuando las veo a todas juntas cruzadas con su banda celeste y el paño en la cabeza, me doy cuenta de que en algo andan. Se pasan el día hablando mal de todo el mundo y luego se dan golpes de pecho en la iglesia. No las soporto*”. (Britton, 156).

Cada texto literario crea una realidad muy *sui generis* que, a pesar de ser irrepetible e incluso irreconstruible en el mundo real, parte en su esencia de él, porque de él viene el referente.

En el caso de **El ataúd de uso**, el referente aparece como débil capa que permea la visión textual y que no tiene otro objetivo sino el de hacernos mirar, a través de ese ojo mágico que es la ficción literaria, una áspera realidad que nos golpea y que, evidentemente, incomoda a su creadora.

En este sentido, la obra no es sólo una denuncia histórico-política, sino también una denuncia social, una especie de auscultación, de examen minucioso a lo que Carlos Manuel Gasteazoro llamara en su momento el país profundo.

Cada personaje del microscópico Chumico es un verdadero estereotipo de la sociedad nuestra, más grande y también por ello más problematizada.

Manuel Muñoz, el verdadero héroe ficcional o protagonista, carga con sus virtudes y defectos en las secuencias narrativas y representa al típico machista de la sociedad, al hombre adúltero, al político falso que no predica con el ejemplo y al macho criado sin sentimientos ni

conciencia del daño que causa, al hombre que se porta como el dotador económico y como un simple semental, en una sociedad que, para colmo, lo premia como alcalde, porque promueve billares, casas de prostitución y antros de perdición donde libar licor.

Por ello, el lenguaje del narrador incomodará con su ironía, a veces mal entendida, sino se tiene claro que lo que se quiere es evidenciar la desfachatez en la que incurren esos mismos personajes narrados.

*“Porque ya en Chumico había una cantina. Los hombres necesitaban un lugar en donde poder descansar del duro bregar del día...”*

*Pero a pesar de las protestas, la cantina permaneció abierta con el apoyo del alcalde y la mayoría de los hombres del pueblo”.* (Britton, 154).

Vivas imágenes descriptivas que parecen entrar en una simbiosis indescifrable con los referentes con los que contamos para la decodificación íntegra del texto.

Mientras que Manuel emula al típico macho, Carmen idealiza a la mujer sacrificada que se expone a todas las vicisitudes que el amor, como sentimiento genuino y como patrón de conducta aprendido le impone en su rol femenino.

Las feministas de la actual época verían en Carmen un especie de gen recesivo, deteriorado, por cuanto que en ella se configuran la sumisión, el sacrificio incondicional, la resignación por la suerte echada, la conducta de mujer mancillada y ofendida y, lo que es peor aún, la condición *sine qua non* de víctima del destino y de la preponderancia del poder fálico, pues recuérdese que hasta para irse definitivamente tuvo que pedir un permiso casi paternal y definitorio al marido, fingiendo un viaje imprevisto.

En el texto son constantes las alusiones a estas actitudes antes mencionadas en las que se nos dice que *“Carmen, sin hacerle recriminaciones, se tornó aún más silenciosa y rezadora (y) acabó por habituarse, aceptando su suerte con resignación”.* (Britton, 125).

Las viejas Evarista y Eugenia también son arrancadas del amplio muestrario de la idiosincrasia panameña, claro, en un ámbito un poco más restringido, excesivamente duro y selectivo y, en la realidad real, mucho más grande y numeroso de lo que erróneamente pudiéramos pensar.

Esa actitud discriminadora, que tan locuazmente simbolizan, nos da una idea clara no sólo de cuánta predisposición y cuánto prejuicio marcan cada una de sus acciones y la negativa de entroncar con un “negro”, como despectivamente le llaman, sino también de cómo una sociedad puede configurar sus espacios y estratificarse en base a la pigmentación de la piel.

Pero, además, puede ser también un doble mensaje al ofendido y al ofensor, un mensaje matizado de solidaridad a un círculo como el nuestro en el que la utilización del sema “negro” no sólo denota sino que también connota, restringe y ofende, en una especie de abierta agresión y despectivismo por un lado y de autoagresión por el otro.

Las supersticiones, tan arraigadas en la cultura popular (y en la no tan popular también) constituyen uno de los fuertes temáticos de la narración en **El ataúd de uso**.

Desde la aparición de brujas y el empleo de la cruz para atrapar y literalmente “cueriar” al demonio, que dejó en el pueblo una densa capa de azufre por más de tres días, pasando por la fe inquebrantable en la sola presencia del viejo Amelio Recuero, al que las culebras le obedecían, según la versión popular, hasta las versiones de que curaba sólo con ver, todo constituye parte de esa mezcolanza de fe, temor, creencia pagana, fanatismo y, a veces, falsa religiosidad que se da en Chumico como se da también en el referente en mayor o menor grado.

Ese exceso de religiosidad y de “falso o aparente” temor a Dios, manifestado a través de las cofradías y las constantes penitencias, plegarias y recitaciones del rosario, contrastan con un ente vacío espiritualmente, apegado a dogmas *per se* y carentes de todo sentido sin la práctica.

El ataque constante del padre Irigoyen a la lujuria manifiesta la idiosincrasia de Chumico, donde el trasiego sexual y/o sensual era común.

Hay, además, una condena a las relaciones extramaritales, al concubinato, así como a la falta de práctica de los sacramentos, entre ellos especialmente el bautismo.

Si comparamos todas estas situaciones y otras más con los cánones que comúnmente observamos en la sociedad actual veríamos, con asombro, cómo la novela **El ataúd de uso** fue realmente pensada y arrancada en sus esencia de la idiosincrasia panameña.

Lastenia es la amante desvergonzada, la mujer que espera pa-

ciente a dar el zarpazo hasta atrapar a su presa.

Tampoco están ausentes en esta obra las meretrices que, aunque aparecen sólo consignadas no dejan de llamar la atención por su fuerza y su polémica condición social.

En **El ataúd de uso** están presentes todas las posibles configuraciones de la sociedad panameña con sus virtudes y sus defectos; a la esencia de una sociedad panameña con sus virtudes y sus defectos; a la esencia de una sociedad que se colectiviza y se hace individual al mismo tiempo; que se presenta con todas sus imperfecciones, con los avatares de sus miembros y con las desesperanzas, los sueños y los deseos que moldean el espíritu de cada uno de ellos.

El ataúd mismo no es sino un símbolo que recuerda la soledad de los muertos (¡Qué solos se quedan los muertos!), el efecto de prevención, temor y angustia que causa la muerte y el deseo (¡Quién no lo tiene!) de morir dignamente y, más aún, de ser enterrado con mayor decoro.

## **BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA**

Angenot, Marc y otros. **Teoría literaria**. Siglo XXI editores, Méjico, 1996.

Britton, Rosa María. **El ataúd de uso**, Oveja Negra, Bogotá, 1986.

Pilolli, Mariapía. **Sociología de la literatura panameña**, Siglo XXI, Panamá, 1984.

Torre, Guillermo de. **Nuevas direcciones de la crítica literaria**, Alianza Editorial, Madrid, 1970.